

ejecute según la costumbre "extranjera", opuesta a las leyes del país.

¡Políticos! Nos satisfaría veros estos días entregados a profunda meditación, considerando los extremos a donde arrastra a los cubecillas de un pueblo el espíritu partidista, para que jamás os apartéis del camino por el cual podáis conducir al pueblo Filipino a las cimas de su Independencia, donde le sea dado respirar a pulmón abierto las auras de Libertad.

EL FIGARO.



Conforme habíamos anunciado, el Domingo de Ramos fué la comunión

pascual de los Caballeros de Colón en la iglesia parroquial de Quiapo, concurren al hermoso acto más de cien miembros de la benemérita Orden colombiana. La comunión la recibieron los Caballeros de manos del Ilmo. Sr. Arzobispo Msr. O'Doherty.

El martes hubo iniciación de segundo grado, y el miércoles de tercero. Fue muy crecido el número de los iniciados, entre los cuales había distinguidos doctores, afamado abogados, conocidos comerciantes y periodistas.

UN KNIGHT.

EN LA PLAYA EVOCACIONES

Aquí estoy, junto al mar, en esta hora de calma silenciosa, mística, de encantos llena; cuando muere el día en el último desmayo del sol. Sentado en esta piedra, que mis amigas las olas acarician, apenas si acierto a coordinar una idea.

La Semana Santa, con sus misterios, con su gravedad, con sus recuerdos, unge mi alma de religiosa tristeza, y hace revivir en mi días que fueron, y que no habrán de volver. Y el corazón, y el alma, y todo mi ser los tengo fijos en las penumbras del pasado; ¡de un pasado que fué abundante en purísimas alegrías, como fecundo después en dolores! Y al paladear, con realísima actualidad, esos años que no puedo olvidar, siento bañado mi corazón de dulce melancolía; cual si lo cubriese esa vagoresca neblina, que desde aquí estoy viendo alzarse en el lejano horizonte. Y el mar callado, las mansas olas, la luna triste, la blanda brisa, la quietud, el silencio, la soledad, todo, todo parece estar agobiado bajo la pesadumbre del dolor, en estas horas crepusculares de las tardes de Semana Santa.

¡El Monumento, las Siete Palabras, el Santo Entierro, la Soledad de María...! Nombres y misterios sacrosantos, rociados con las uncciones del mayor amor y del mayor dolor! Este año, como el pasado, como el anterior, visito los templos, sembrados de amarillas y lacrimosas velas, entulados, semioscuros; por entre cuyas sombras siento el aleteo del Ángel de Getsemaní y me parece percibir los últimos suspiros, de aflicción suprema, del Rey divino del Calvario, agonizante en la tenebrosa hora sexta de Viernes Santo. En otros tiempos, ya lejanos, los visitaba también pero no solo, como ahora, sino en compañía de mis dulces, de mis adoras, de mis angelicales herma-

nas, ¡de Carmencita, de Concha! E ibamos los tres con nuestra buena, santa e idolatrada madre; ¡de mi madre, que lloró muchas, muchísimas lágrimas; y vió desaparecer, una tras otra, del nido del hogar, aquellas dos avocillas que tanto lo alegraban ¡Carmencita, Concha! a quienes la muerte atrevida, despiadada, cruel, arrancó de nuestro nido; sin compadecerse de aquellos ángeles inocentes, purísimos, de inmaculadas alburas.

ese recuerdo de aquellos Jueves y Viernes Santos lo llevo siempre conmigo, pegado, adherido a mi alma. Y estoy viendo aquí, a mi lado, en esta hora de oscuridad y de silencio, a las dos, a Carmencita, a Concha; que poco antes de ir a visitar las iglesias, usaban a mí, vestidas ya con sus trajecitos negros, con su librito de canto dorado en la mano, que recitaba el diminuto rosario de nácar. Y con sonrisa de arroyuelo, con vocecillas de cascabel, me pedían, me exigían, que pasase revista a sus cuerpecitos; para ver si estaba bien la lazada de la sedosa cinta, prendida a sus cabellos de angel; y si crecían con gracia los pliegues del velo que cubría sus cabecitas vírgenes. Y las dos pagaban mi examen con un beso tierno, suavísimo, de cielo; que casi me hacía enfermar de felicidad por tanto amor como depositaban en mi rostro sus coralinos labios.

Juntos, calladitos, devotos, marchábamos a la Iglesia; y al lado de nuestra madre arrodillada, caíamos los tres de rodillas, unidos, pegados a ella, aprisionados a su falda; porque nos sobrepegaba la oscuridad del templo entulado, sumido en sombras. Y con ojos muy abiertos mirábamos al Nazareno, que allí estaba, a un lado de la Iglesia, con su túnica morada, con la soga al cuello, doblada la rodilla por la pesadumbre de la Cruz, semiabierto la boca, con el rostro y los

ojos tintos en sangre, que a hilos caía de su frente herida por las espinas. Nuestra madre primero, y nosotros después, nos acercábamos, comprimido el pecho de lastimosa compasión, para besar el pie sagrado, taladrado, deshecho por el clavo cruel con que lo traspasaron los hombres ingratos.

¡Ibamos después a la Capilla de la Soledad, la Capilla favorita de nuestra madre. ¡Cuánta compasión y lástima nos causaba aquella Virgen Dolorosa, vestida de luto, y más entulado el corazón rasgado por siete espadas! con aquel rostro de profundo dolor, de amargura intensa; y aquellos ojos de tierna Madre, nublados, oscurecidos por todos los sufrimientos; de los que resbalaba una gruesa lágrima, quemante, abrasadora ¡la última! porque los hombres sus hijos le habían hecho derramarlas todas.

Yo no sé qué oración brotó de nuestros labios de niños. Recuerdo que rezábamos a la Dolorosa para que nuestra madre no llorase, no se viese como Ella. Y se lo pedíamos así, porque en aquel Viernes Santo, a los pies de la Soledad, yo vi llorar a mi madre, sin comprender la causa de sus lágrimas. ¡Pronto lo supe! Con esas intuiciones que tiene el corazón de las madres, que jamás se engaña, presentía ya que aquellos dos angelitos, Carmencita y Concha, volarían al cielo antes de un año; porque aquel

Viernes Santo fue el último que conocieron; y que pronto, ¡demasiado pronto por desgracia! las habría de seguir ella, dejándome solo, completamente solo; con estos recuerdos que yo les ofrezco en este día cual sagrado incienso en el altar de mi corazón. La parca tan cruel e inexorable con las tres, no quiso ser compasiva conmigo. Dios lo dispuso así; bendito sea.

Ante la visión de tan negro porvenir lloraba aquella tarde mi madre tan buena, tan amante, tan madre. Y nosotros, mis hermanitas y yo, llorábamos también, compadecidos de nuestras dos madres, la de la tierra y la del cielo.

Nubladas las almas por aquellas impresiones voluimos a casa, llevando la vela del monumento; y los tres permanecíamos callados, formalitos; pues mi madre nos prohibía todo ruido y grito, porque había muerto el Señor, y estaba llorando la Dolorosa. Vciase el piano cerrado, enfundado; sin que ni Concha ni

Carmencita, a pesar de su insaciable afición, se atreviesen a descubrirlo, durante la Semana Santa.

¡El piano de mis hermanitas! Aun se conserva como dulcísimo recuerdo, como augusta reliquia: pero silencioso, mudo; sobre el cual descansa el retrato de las dos, juntitas, abrazadas, sonrientes, como están en el cielo: retrato que yo no puedo mirar ni besar, sin mirar y enviar un beso al cielo; seguro, segurísimo de que me lo devuelven también ellas. No espera ese piano, como el arpa de Becquer, una mano que arranque sus notas; porque donde sólo pusieron

las suyas los ángeles, no deben pasarse otras manos; y ángeles eran mis hermanitas.

¡Años idos, días felices de aquellas Semanas Santas, de amores delicadísimos de venturas inefables! Cómo os recuerdo, y os siento, y os paladeo en esta hora, en esta soledad, junto al mar, fija mi vista en esas olas mansas que parecen llorar contagiadas de melancolía!

¡Y pensar que todo pasó ya, para no volver!!

EL SOLITARIO.

CARIDAD CRISTIANA

El héroe de la fiesta
Es un pobre encarcelado,
Por las leyes condenado
Por haber robado un plato.

Bajó del monte a la cárcel
Desde el barrio de Lirote
Con vestido de igorrote,
Que es un traje muy barato.

Y en las cárceles de Vigan
Pagó su justa condena,
Vestido de ropa ajena
Con uniforme de tigre.

—Ahora, sí, voy muy bien
Con este traje de perro;
Pero al salir de este encierro,
¡Dios mio! ¡Cómo vestirme?

No tengo casa, ni amigos,
Ni comida, ni vestido,
Ni siquiera un conocido

Ni un miserable centavo...

Mas Dios que quiere a los pobres
Y les consuela en sus penas,
Le envió dos almas buenas
Que del preso se encargaron.

—¿Qué te falta, pobrecito?...

¿Tienes vestido y dinero?...

mas, respóndenos primero:

¿Eres acaso cristiano?

El Bautismo recibí;

Me sé todo el Catecismo;

Me llamo Lucas Civismo;

No tengo padres, ni hermanos...

Y dos lágrimas rodaron

Por su morenita cara,

Como dos perlas de Angara

Y dos gotas de rocío.

—¿Qué tienes, Lucas, que lloras?

¿Te falta acaso sombrero,

O necesitas dinero,

Para comprarte vestido?

—Nada tengo en esta cárcel;

Pero a Jesús he llamado,

Y un Padre Nuestro he rezado

Diciendo: ¡No me abandonos!

—Nada temas, hermanito;

Yo te daré un traje entero;

Y yo un bonito sombrero

Y otro par de pantalones.

Te buscaremos trabajo

En una casa cercana,

Y cuando salgas mañana,

Hallarás pan y cariño...

¿Quienes son estos dos jóvenes,

Seminaristas de Vigan

Que su caridad prodigan?

Se llaman Paz y Darío.

P. DE ISLA.

DR. LEONIDES LOPEZ LIZO MEDICINA GENERAL

Tratamiento racional y científico de la tuberculosis en todas sus formas. Asma bronquial.

Especialista en enfermedades de niños.

Consultorio:

121 L. Guerrero—7 a 9 a. m.—2 a 4 p. m. TEL. 4092.

CHICOTE Y ARNAIZ

ABOGADOS

29 Legazpi

Tel. 383.

Dr. JOAQUIN QUINTOS

MÉDICO

Clínica:

174 Real, Intramuros

Tel. 232

Residencia:

1175 M. H. del Pilar

Tel. 6283

MAXIMO VICENTE

Taller de Pintura, Escultura y Platería
Prontitud y Esmero en los Encargos

Imágenes, andas, altares, púlpitos, ornamentos de Iglesia, Mausoleos, Manumentos, Bordenados en oro, Lapidar, etc.

830-34 R. Hidalgo, Manila

Tel. 3528

NUESTRO BUZÓN

Para conveniencia y comodidad de nuestros colaboradores espontáneos y de nuestros suscritores, algunos de los cuales nos escriben pidiendo pormenores o remitiéndonos datos interesantes, establecemos desde hoy esta sección, en la cual contestaremos a aquella cuestiones que no requieran correspondencia particular.

Además, pueden dirigirnos preguntas y consultas sobre materias atañentes al campo de acción donde se mueve la revista ESTUDIO,

porque experimentaremos gran placer en poder serles a todos de alguna mayor utilidad.

Agradeceríamos asimismo a todos y a cada uno de nuestros lectores que con toda libertad nos hicieran sugerencias sobre la marcha de ESTUDIO, en cualquiera de sus diferentes manifestaciones.

Sería también muy conveniente que nos avisaran las quejas sobre la llegada de los números de ESTUDIO, para el mejor gobierno de la Administración.